

ANECDOTARIO MORAL

Los tres amigos de Bataan

A los amigos.

Compañeros inseparables, Antonio, Luis y Basilio habían trabado una amistad que se afianzaba con el curso de los años y se arraigaba con las sacudidas de los infortunios. El dialecto común de los tres era el ilongo: sin ser millonarios, no les faltaba nada ni para sus estudios, ni para sus vacaciones. Sin ser hacenderos no había hacienda en Negros o Iloilo en donde no fuesen agajados con encanto y regocijo mutuo. En edad, Antonio y Luis poco se iban: en su carácter, conocimientos y docilidad Basilio mostraba serles inferior por lo menos en echo años. La selección de la escuela corrió a cargo de sus padres: Antonio estaba contento en el Ateneo de Manila; Luis entro en Letran, por tenerle mas cerca de casa los abuelos lograron que Basilio estudiara en San Agustín de Iloilo. En vacaciones no había separación: en sendas bicicletas hacían el circuito de Jaro por Pototan y Janiway a Iloilo: en el mismo auto recorrían las carreteras de la provincia desde Faraon hasta Ilog: disfrutaban como nadie durante la cacería de Semana Santa, cuando se inberraban en las arboledas de Panugiban, en seguimiento de puerios monleses o se lanzaban por las quebradas del Canlaon en busca de venado.

Por íntima que fuese la amistad, no fue traba para que cada uno eligiese con completa independencia el estado de su vida. A la muerte de su padre, Antonio salió del Ateneo, cuando los libros de asignatura, resolvió encargarse del negocio de su padre, pero después de haber dado una vuelta al mundo. Ojala no la hubiese dado, porque en París se enfangó en travessuras, en New York dejó los últimos girones de la fe, y volvía a Filipinas sin afecto en el corazón, sin fe en la mente, sin sangre en las venas, con un pulmón saturado de microbios como un panal de avispero podrido. La fortuna del padre defunto, antes de llegar a la vida y al hijo imberle,